

encontrar el medio de hacerme cambiar de determinación. ¿Y que me importaba? Estaba decidido á no desmayar, á ser inexorable; tan inexorable como se era conmigo.

Pero me equivoqué también. Paula no me habló de la señora de Blangy; esta no hizo ninguna tentativa para que yo le devolviese su amiga, no me escribió siquiera, como yo esperaba, para reprocharme mi conducta, ni tuve necesidad de impedirle la entrada en mi casa, porque no se acercó á ella. En cuanto á Paula tuve pruebas palmarias que tampoco iba á casa de la condesa. En efecto, la señora de Blangy vivía en nuestra misma calle, casi en frente de nosotros y, cuando mi mujer salía, yo, oculto tras las persianas, seguía la con los ojos, y hube de convencerme que pasaba por delante de la casa de la condesa sin entrar en ella.

—Esta situación—me dije yo—no puede prolongarse; las dos son demasiado orgullosas para rogarme las vuelva á unir en su amistad. Ambas cuentan para eso, con el tiempo, con la reflexión, con mi amor, para que yo lo conceda tácitamente; pero, cuando conozcan que no deben contar con nada de eso... Entonces...

¡Pero que pobre hombre era yo! ¡Gastar tanta imaginación y tanto tiempo con una mujer que no me quería!

Jamás mis pobres nervios estuvieron tan solo de excitados como en aquella época. Jamás el tirano de los deseos fué tan vivo conmigo.

Y creo, yo, que era esto el resultado lógico de mis relaciones con la señorita X...; al lado de la mujer que uno no ama se, sueña siempre con la mujer amada. Se la vé; se la oye y acaba uno por exclamar: ¡Es ella!

La cabeza se exalta, y, la que debía curaros de vuestro amor hacía otra, no hace otra cosa que aumentarlo.

XII

El tiempo transcurría, y Paula había recobrado toda su placidez. Parecía haber olvidado á la condesa de Blangy; pero sobre todo continuaba olvidando que era mi mujer. Sin embargo, yo esperaba; siempre esperaba.

Contaba con mi tiranía, la especie de reclusión en que la hacía vivir, y el deseo, que, sin duda, tendría mi mujer de ver á su mejor amiga.

Bien pronto tuve una decepción; hé aquí como. Concluíamos un día de almorzar. Mientras yo pasaba una ojeada sobre los periódicos, fuese Paula á su gabinete tocador. Salió de allí; sobria de adornos; una manteleta sobre las espaldas y un sencillo sombrero sobre sus negros cabellos.

Díjome:

—Voy á hacer algunas compras: de paso subiré á saludar á mi madre; ¿tenéis algo que mandarme?

—No,—respondíle,—os doy las gracias.

—Hasta luego, pues.

Y salió.

Cuando oí el golpe de la puerta, corrí á mi habitual ob-

servatorio, tras las persianas de mi despacho, convertido, por mi desgracia, mi alcoba de soltero.

Debo confesar que metomaba un trabajo inútil con aquel espionaje. Paula, hacia dos meses, pasaba por frente de la casa de la condesa sin detenerse y sin siquiera levantar los ojos hacia los balcones de su amiga; aquella tarde no había ninguna razón para que variase de costumbre.

Pronto la divisé sobre la acera, á vista de pájaro, siguiendo la dirección del *boulevard*. Me enajené contemplándola; sus cabellos, sujetos por detrás con una tenue redecilla, tomaban, á los rayos del sol, reflejos resplandecientes. Algunas veces, para evitar cualquier obstáculo, levantaba castamente los bajos, y aparecían sus preciosos piececitos y el nacimiento de una adorable pantorrilla. No caminaba; ondulaba, por decirlo así, sus espaldas, su talle, sus piernas, parecían rodar de derecha á izquierda. Estaba voluptuosa en cuanto cabe. De pronto me asaltó una idea.

—Si la sigo,—díjeme,—la podré ver más tiempo.

Yo os juro, mi querido amigo, que no obedeció aquel pensamiento, á ninguno de celos; estaba encantado y quería seguir el encanto de la vista; hélo aquí todo. Olvidaba que seguía á mi mujer, cosa, por otra parte, muy fácil de olvidar. Bajé precipitadamente las escaleras. Estaba seguro de encontrarla; pues la calle de Caumartin es larga y tiene muy pocas laterales.

No había aún dado veinte pasos en la dirección de los boulevares, cuando divisé delante de mí, á lo lejos, mis pies menudos, mi pierna torneada, mis cabellos negros y mis espaldas esculturales!

Todo esto continuaba ondulando y yo seguía las ondulaciones.

Llegada al extremo de la calle de Caumartin, y, antes de atravesar la calle Basse-du-Rempart, Paula pareció consultarse. ¿Se dirigiría del lado de la Magdalena ó de la Bastilla? De pronto, antes de decidirse, y, como si obedeciese á algún aviso, volvióse y miró hacia atrás.

Tuve el suficiente tiempo para esconderme tras una puerta cochera. Paula no me vió. Segura, sin duda, de que nadie la seguía, tomó la dirección por el *boulevard*, hacia la Magdalena.

*
*
*

Su marcha incierta, su gesto, sus ojeadas hacia atrás, la especie de inquietud de que parecía ser presa, me dieron motivo para reflexionar.

—¿Tiene, pues, miedo de ser seguida?—preguntéme, y empecé á sentir celos; no me faltaba otra cosa. Quizás, mi caro amigo, os extrañe que no los hubiera sentido aún. Pero pensáis mal; no podía estarlo. La existencia de mi mujer, después de su casamiento, era de las más pacíficas; hacía poquísimas visitas y todas de cumplido, y no salía, como tengo dicho, sino con objeto de ver á su madre ó á su amiga.

¿Cómo, en estas condiciones, suponer infidelidad en una mujer y ser celoso? Cuando me rompía yo la cabeza buscando la causa de su comportamiento, alguna vez hube de preguntarme:—¿Tendrá algún amante?—Pero tuve que convenir conmigo mismo, que no podía tenerlo, á menos que no diese sus citas en nuestra casa ó en la de su madre, ó en la de la señora de Blangy, y estas tres posiciones eran inadmisibles.

Llegada á la plaza de la Magdalena, Paula se dirigió hacia la iglesia; franqueó las verjas y pisó las gradas.—¿Qué

significa esto?—preguntéme.—¿Por qué viene á misa un día de trabajo, ella, que ni aún los domingos se acuerda de la Iglesia? ¿Es debido quizás á un exagerado celo piadoso á lo que debo atribuir mis penalidades? ¿Habrán infligido á mi mujer alguna penitencia de la que debo ser partícipe? ¿Seremos ambos á dos víctimas de uno de esos votos, pronunciados en un momento de locura? ¡Oh, si es así, tengo esperanzas: no se pronuncian votos para una eternidad, y éste no se apartará de la regla!

Al mismo instante, corté mis reflexiones y me lancé en dirección al mercado de la Magdalena. Una nueva idea vino á asaltarme: Paula entraba ó debía entrar en la iglesia para despistar á las personas que la pudiesen seguir, y salirse luego, por cualquiera de las puertas laterales.

¿Por qué me precipité hacia la derecha mejor que á la izquierda? Lo ignoro; pero sólo tuve motivos para felicitar-me por la elección. Apenas hube tenido tiempo para esconderme detrás de una de las barraquitas destinadas á la venta de flores, cuando columbré á mi mujer. Paula no había empleado más que el tiempo necesario para atravesar la nave de la iglesia, como quien atraviesa la plaza pública. ¡Y yo, triste de mí, que un momento la había clasificado como devota!

No había que hacerse ilusiones: iba á una cita. Buscaba para acudir á ella los más extraños caminos y siguió el suyo y yo el mío, á treinta pasos de ella, siempre alerta, para desvanecerme como una sombra, tan pronto mirase detrás. Los celos habíanme convertido en un experto agente de policía.

Ella seguía entretanto el boulevard de Capuchinos y caminaba velozmente. Por un momento, fui presa de un terror loco. ¡Si los paseantes que se cruzan en todos los sentidos, la ocultan á mis miradas! ¡Si la perdiese! Entonces, para que esto no pasase, corrí, corrí como un chicuelo, y encontréme á dos pasos de ella, resguardado por un obeso personaje, que me servía de muralla viviente.

En el boulevard de los Italianos, estuve á punto de perderla. Parecióme ver que se dirigía hacia la Chaussée d'Antin. Una rápida ojeada lanzada de derecha á izquierda, me convenció de mi error; volví á cojer el boulevard y tuve la fortuna de divisarla, en el preciso momento que volvía la calle de Helder.

Mi posición se hacía peligrosa; la calle por donde Paula discurría, no es de las más transitadas; las aceras son estrechas, las cocheras están casi siempre cerradas, y son raras las tiendas.

Era muy difícil, por lo tanto, ocultarse en un momento dado, y cualquier imprudencia podía hacerme traición. No cometí, afortunadamente, ninguna, gracias á los instintos policíacos que se habían desenvuelto en mí de pronto, y que hubieran sido, de seguro, muy apreciados en la calle de Jerusalén. (1)

*
* *

En lugar de seguir á mi mujer á algunos pasos de distancia, como había hecho antes, ahora me contenté siguiéndola con los ojos, y emprendí nuevamente mi persecución cuando la ví cruzar la calle de Taibout. Entonces ya pude, sin peligro, emboscarme de nuevo en la sombra.

¿A dónde íbamos?

¿Dónde terminaría la excursión?

(1) Calle en que se halla instalada en un antiguo palacio la Prefectura de policía de París.

Al poco rato, algunos indicios me indicaron que se aproximaba el término de nuestra peregrinación. Paula parecía más inquieta, era su marcha menos regular y se volvía con frecuencia; no se sentía seguida, pero, sin duda, se decía que debía redoblar las precauciones. ¡Ahl mi caro amigo. ¡Qué carrera, qué persecución, qué caza, y, sobre todo, qué emociones!

En fin, después de haber tomado por la calle de Provenza, á la derecha, traspasado la de San Jorge, cruzado el boulevard de Lafayette, se metió en la calle de Laffitte, y la vi, de pronto, desaparecer tras una puerta cochera.

Me detuve. ¿Qué hacer? ¿Entrar á mi vez en la casa donde ella entró, alcanzarla en la escalera, reprocharla su conducta y tratarla como ella se merecía, obligándola á seguirme?

Pero entonces su secreto se me escapaba: se negaría confesar que era una cita á lo que acudía; apelaría á un pretexto cualquiera para explicar su presencia allí: «señas que la habían dado de una modista... entró en la Magdalena á orar... por casualidad se volvía á cada momento... sólo por gusto de pasear había dado la vuelta á casi todo Paris...» En fin; yo os aseguro que no le hubieran faltado excusas para probar su inocencia y quizás hubiera llegado á convencerme de ella. ¿Sería bueno dirigirme al portero? Debía conocerla: porque sin duda, no era la primera vez que Paula iba á aquella casa. Pero, ¿y si aquél le fuese fiel y no quisiera responderme por estar avisado de adelantado?

Entonces se perdería todo; no tendría las pruebas de su perfidia; no conocería al hombre que me deshonraba y no podría vengarme ni del uno, ni de la otra.

¡Vengarme! ¡Qué placer tras tanto sufrimiento! Ante este pensamiento, tomé la resolución de ser calmoso, paciente, frío. Resolví esperar.

¡Esperar! Esperar ante aquella puerta, ante aquella casa donde, estaba seguro, me engañaban, me hacían traición y

concedían á otro lo que á mí se me negó siempre! ¡Qué suplicio! Un coche vacío pasaba en aquel momento; hícele seña al cochero de detenerse en la esquina de la calle de Laffitte y de la Victoria, monté allí, subí los vidrios y clavé los ojos en la puerta de aquella casa.

Transcurrieron dos horas.

¡Dos horas!

* * *

Salió por fin. Un velo espeso cubría su rostro, uno de esos velos de lana, que usan las mujeres malas. Detúvose en el umbral para echar una mirada á su alrededor, vaciló en lanzarse á la calle, pero tomando de repente su partido, se alejó vivamente hacia los boulevares.

Yo estuve algún rato en mi observatorio, quizás esperase al cómplice.

Pero nadie apareció, y mis sospechas no podían recaer sobre las personas que vi salir.

Descendí pues del carruaje, pagué y fuíme á mi casa. Paula estaba ya instalada en el salón.

—¿Cómo venis tan tarde?—preguntóme.

Estuve á punto de estallar, pero me contuve.

—¿Me esperáis hace mucho?—pregunté á mi vez.

—Hace mucho.

—Y ¿habéis quedado satisfecha de vuestro paseo?

—Muy satisfecha; ha hecho un día precioso. Lo he aprovechado y me he dado un hartazgo de pasear.

—¿Habéis visto á vuestra madre?

—No; había salido. Pero la veré esta tarde, si lo permitís.

—Sin duda.

Vinieron á anunciarnos la comida: ofrecí el brazo á Paula, y pasamos al comedor.

XIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No os extrañéis, amigo mío, de mi sangre fría y del imperio que ejercí sobre mí mismo aquel triste día. Era menos digno de lástima de lo que suponéis.

Sí, menos digno de lástima; por fin, ya no caminaba entre tinieblas, ya no estaba rodeado de misterios, y ya no tenía que buscar los motivos de su indiferencia. Tenía la solución del enigma que tanto tiempo burló mis deseos; ya no estaba en presencia de un esfinge, sino en presencia de mi mujer, hecha como todas, y pérfida como casi todas. Ahora no podía dudar: Paula se había, hasta entonces, sustraído á mis caricias porque tenía un amante.

¡Oh! esto era, sin duda, muy doloroso y yo sufría cruelmente, pero sabía, al menos, de qué naturaleza era mi enfermedad y conocía su nombre. Iba á conocer de una vez lo que me había reducido á la desesperación, al que había osado quitarme mi dicha, suplantando mis derechos y robándome un corazón que me pertenecía, guardándolo para él solo, sin concederme la más mínima participación.

¡Ah, miserable! Sin duda la había dicho:

«Consiento en que te cases, que lleves el nombre de

otro, pero seré yo, yo solo, tu verdadero marido. No tengas en cuenta ni su amor, ni sus derechos. Me amarás á mí solo.»

Si; él debió decirla todo eso y arrancarle alguna solemne promesa, sin la cual, Paula hubiérase producido como todas las mujeres casadas que tienen un amante: engañándome con él, y engañándolo conmigo.

¿Pero él, quién era? Necesitaba verlo pronto, conocerlo... Necesitaba...

¡Ah, mi querido amigo! ¡Y cómo trabajó mi imaginación como jamás, hasta entonces, atormentada! ¡A qué delirios, y á qué venganzas me impulsaba! Os aseguro que mis compañeros de promoción no se hubieran atrevido, como otras veces, á burlarse de mi carácter pacífico. Los hubiera despedazado con mi inusitada ferocidad.

Y ¡ay de mí! Ni aquel día, ni el otro, tuve ocasión de ejercerla con nadie. Paula no salió.

Las citas, probablemente, no eran diarias. Los amores eran intermitentes. Yo estaba desolado y reducido á desesperarme ante la sabiduría... relativa de mi mujer.

En fin, el tercer día, después de almorzar, me insinuó sus deseos de pasear.

—¿Hacia qué lado pensáis dirigiros?—preguntéla.

—No lo sé aún... probablemente hacia donde me lleve la primera impresión... á visitar tiendas, de seguro.

—¿Deseáis que os acompañe?

Paula replicóme sin turbarse:

—Con el mayor placer; me pongo el sombrero y estoy á vuestras órdenes.

¡Qué habilidad, qué astucia en disipar mis sospechas! Si hubiese estado menos prevenido, hubiera podido creer que me equivocaba en sus proyectos.

Tuve que excusarme, pretextar cualquier negocio, para dejarla ir sola.

Esta vez no cometí la imprudencia de seguirla. ¡Demasiado sabía dónde ibal

Tomé, sí, un carruaje y me hice conducir al sitio donde ya estuve estacionado.

Hice mis cálculos, y tenía demasiado tiempo; antes que Paula llegara, debía transcurrir una hora, dadas las vueltas y revueltas de su correría.

Varios mozos de cuerda esperaban parroquianos en el ángulo de las calles de Laffite y de la Victoria. Llamé, desde el coche, al que más inteligente parecióme, y, por tanto, que más garantías podía ofrecerme.

—¿Queréis ganaros un luis?—dije á aquel hombre.

Un signo afirmativo fué la respuesta.

Continué:

—Debéis estar cerca del carruaje, como si hablaséis con el cochero. Cuando yo os toque el brazo, miraréis delante de vos y veréis una señora que entrará en aquella casa, esa de ahí, la tercera á la derecha. Dejaréis transcurrir algunos segundos, luego la seguiréis por la escalera y vendréis á decirme en qué piso entra. Es muy sencillo, como veis; sólo, que la persona en cuestión no debe advertir que es seguida. Tendréis, pues, cuidado de no deteneros donde ella, y de llevar cualquier papel en la mano, como si subieséis un recado á otro piso de la casa.

*
**

No tuve necesidad de repetir mis instrucciones; mi hombre estaba al tanto.

Al cuarto escaso, apareció Paula é hice la señal conveni-

da. El mozo interrumpió su conversación con el cochero, y, á los pocos momentos, penetró en la casa en que mi mujer entró poco antes.

A los cinco minutos, el mozo estaba junto á mí.

—¿Qué hay?—interrogué.

—Esa señora—respondióme—ha ido al segundo.

—¿De qué lado?

—Subiendo, á la derecha; unas habitaciones pequeñas que dan al patio.

—¿Quién ha abierto?

—Nadie; antes de llegar ha sacado de su portamonedas una llavecita y...

Este último detalle cambió mis suposiciones en certidumbre.

—¡Está bien!—dijele al mozo, entregándole el luis; convenido, y añadiendo, para tenérmele propicio.—Puede que tenga necesidad de vos al mismo precio.

Aquel día, mi mujer abrevió su visita y, por consiguiente, mi facción. Sin duda, no quería abusar.

Cuando la ví desaparecer, bajé del carruaje y fuíme hacia la casa de marras.

Para entrar en relaciones con los porteros apelé á un recurso de los más vulgares, pero de éxito casi siempre.

—¿Tenéis habitaciones para alquilar?—pregunté á una mujer que estaba en la portería.

—Sí, señor; en el cuarto piso. Tenemos también un segundo.

—¿Un segundo? Ese me conviene más. ¿Con vistas á la calle ó al patio?

—A la calle; es un cuarto de cinco mil francos.

—Un piso pequeño entonces—dije yo con aplomo.

La portera, que hasta entonces habia estado sentada, levantóse. Un sujeto, que lejos de espantarse ante cinco mil francos, le parece poco precio, es digno de cualquier consideración.

—Sin duda, caballero—dijo respetuosamente—el piso

no es inmenso, los hay más hermosos, sobre todo en los barrios modernos, pero tiene cuatro dormitorios.

—¡Tengo desgracia!—exclamé haciendo desespacio mi combinación.—Necesito cinco.

—Hay un saloncito que puede transformarse en dormitorio. ¿Quiere el señor ver el piso?

—Veamos.

Como suponía, según las noticias del mozo de cordel, dos puertas daban acceso en el descansillo al segundo piso. Una grande, de dos hojas, la del piso que iba á ver, á la izquierda; otra pequeña, con cerradura de cobre, á la derecha.

*
* *

Seguí á la portera y recorrí minuciosamente todas las piezas que me mostró.

Terminada mi inspección:

—Este cuarto,—dijele—me conviene por muchas razones. Está bien situado y ventilado. Sin mi hijo, de seguro me lo quedaba.

Me permitía el lujo de atribuirme un hijo, yo, que no tenía mujer.

—¿Acaso el hijo del señor—respondió la portera intrigada por mis palabras—no se encontrará bien aquí?

—Le molestará de estar bajo mi absoluta dependencia y no tener su departamento independiente. Ya es mozo, vive con nosotros, concediéndosele alguna libertad

Si hubiese, por ejemplo, en este mismo piso, un cuartito de dos ó tres piezas, nada habría ya que pedir. Desgraciadamente, no los habrá en esta casa.

—Perdonadme, señor—replicó la portera;—tenemos, en todos los pisos, cuartos como el que se trata, y cuyo precio varía de ochocientos á mil doscientos francos; pero no hay ahora ninguno desocupado.

—¡Qué lastima! El ser fronterizas ambas habitaciones es cosa que me hubiese convenido mucho. Buscaba, hace tiempo, cosa semejante.

Como veis, representaba yo mi papel á las mil maravillas, tanto, que la portera, como yo esperaba, díjome:

—Creo que podrá arreglarse. El propietario desea alquilar la habitación cara, y si le conviene al señor, y el señor necesita indispensablemente el cuarto de la derecha, se despedirá al actual inquilino.

—¡Cómo! ¿Creéis que por un recién llegado se echará á un inquilino que quizás habite la casa hace años?

—No, señor; la persona que lo tiene viene habitando el cuarto hace sólo dos meses.

—¡Ah, dos meses! Es igual, tendrá sus comodidades, sus hábitos...

—Bien poco, por cierto. Vive en el campo, según parece, y ha alquilado esta habitación como parador. Sólo está aquí algunas horas, las dos ó tres veces que viene por semana.

—Será, sin duda, algún hijo de familia—dije sonriéndome—y este será el lugar de sus citas.

—Estáis equivocado, caballero, es una señora.

¡Una señora! Quedé sorprendido. ¡Mi mujer había tenido el valor de alquilar por su mano aquella habitación, para recibir allí á su amante! Y no pude ni aun pensar que, impulsada por la pasión, había consentido en acudir á la casa de su amante, sucumbiendo por grados, como sucumben casi todas las mujeres. No; ella mismo habíase prepa-

rado la caída; era el actor que prepara un desenlace y poseía, como Margarita de Borgoña, su torre de Nesle!

La portera añadió:

—Si el señor lo desea, veré mañana al propietario y estoy segura que se arreglará el negocio.

—Es cosa que me agrada—respondí—pero antes quisiera echar una ojeada por la habitación de mi hijo. No quisiera comprometerme sin ver antes su distribución.

—No hay dificultad tampoco; soy la encargada de la limpieza de ese cuarto, y, por lo tanto, tengo un llavín. Cuando el señor quiera...

—Hoy mismo,—le interrumpí—tengo tiempo.

—Hoy es imposible: la señora está en París. La he visto subir.

—¿Y aún no ha salido?

—No lo creo.

Decididamente la portera cumplía pésimamente su cometido. La inquilina del segundo había salido hacía una hora. Mi mujer había tenido mano de santo escogiendo aquella casa. No quise, sin embargo, insistir sobre el asunto.

—¿Y mañana—dije—podré ver ese cuarto?

—No habrá inconveniente; la señora nunca viene dos días seguidos á París.

—Hasta mañana, pues; y como espero ser pronto vuestro inquilino, tomad esta moneda á cuenta.

Quería hacerme un aliado de aquella mujer.

XIV

Acudí puntualmente á la cita: al siguiente día, á las dos de la tarde, me encontré en la calle de Laffitte. La portera, así que me vió, recordando mi propina, me sonrió con su sonrisa más graciosa, salió de su cuchitril y precedióme por lo escalera. Llegados al segundo piso, sacó del bolsillo una linda llavecita de acero, introdujola en una cerradura de Fichet, abrió, y apartóse para dejarme pasar.

¡Cómo latió mi corazón! ¡Cuánto padecí al penetrar en el misterioso recinto! ¡Debía ver aquellos lugares, testimonios de placeres, que yo solo debí conocer! Iba, por decirlo así, á tocar con la mano, su traición y su infamia.

Después de haber atravesado dos habitaciones, hícele observar á la portera:

—Pero esto está casi desamueblado.

—Ya os dije que esto es como un apeadero para la in-

quilina. Cuando viene, durante el día, se instala en el salón.

—¿Dónde está ese salón?

—Vedlo.

Empujé una puerta y entré.

Al pronto no vi nada; las persianas estaban cerradas y corridas las cortinas. La portera se acercó á una de las ventanas y la abrió. Miré con toda mi alma.

Figuraos, amigo mío, una piececita de unos cuatro metros cuadrados, *boudoir* más que salón, tapizada de raso negro acolchado con botones rojos de seda. Al rededor de la habitación y adosado á la pared, extendíase uno de esos inmensos divanes, que hemos importado de Turquía, tan bajos de asiento, que éste casi toca al suelo. Estaba tapizado de la misma tela que las paredes, y, como éstas, almohadillado con botones. Cubría el suelo gruesa alfombra y velanse esparcidos acá y allá los cogines del diván á manera de asientos. Por todo adorno no había en las paredes más que unos cuantos espejitos de Venecia y algunas cornucopias estilo Luis XV, en cuyos candeleros quedaban aún unas velas de color de rosa á medio consumir. En el centro de la chimenea destacábase una reducción en mármol de la bañista de Falconnet, y á derecha é izquierda, dos grupos de Clodión, en *terra cotta*. Enfrente de la chimenea una estantería pequeña de ébano con incrustaciones de nácar, y en ella una copa de cristal de roca, llena de cigarrillos turcos, y unos cuantos libros encuadernados en piel roja, y cuyos títulos leí rápidamente. Eran, si mal no recuerdo, un tomo de Balzac, conteniendo: *Una pasión en el desierto*, y *La joven de los ojos de oro*; *La señorita de Maupin*, de Teófilo Gautier; *La Religiosa*, de Diderot, y la última novela de Ernesto Feydeau, *La señorita de Chalis*.

Hé aquí, amigo mío, la descripción exacta de esta pieza. La originalidad del mobiliario, lo extraño de ciertos

detalles, no debían chocarme, sino cuando mucho más tarde, dirigí los ojos al pasado.

Después de visitar el salón, pregunté á la portera si había alguna otra pieza.

—Hay también,—me contestó,—un gabinete tocador.

*
*
*

Procuré armarme de valor y entré, esperando hallar cualquier exentricidad mobiliaria.

Me equivoqué: el gabinete estaba apenas amueblado. En las ventanas, sencillas cortinas de percal persa; sobre una mesita de mármol, una jofaina de cristal de Bohemia, un peine de concha amarillo y una caja de polvos de arroz.

—Esta pieza no es muy grande,—me dijo la portera,—pero sí muy cómoda, porque tiene armarios.

—¡Armarios! Veámoslos.

Iba, sin duda, á descubrir algún misterio, encontrando ropas de uso que pudiesen servirme de indicio para saber quien era mi rival.

Pero, en vano, y con el pretexto de ver la profundidad de los armarios, me fijé muy bien en todos los rincones, pues no encontré ningún gabán, ni siquiera una americana.

En cambio, ví en una percha una especie de *peplum* (1)

(1) Manto bordado usado por las patricias en Roma. Dábase también este nombre al manto de las diosas Juno y Minerva.

antiguo, de cachemir blanco, forrado de satín rojo del mismo matiz que había visto en el gabinete, y una gran bata de raso negro forrada de satín gris perla.

Confieso esta nueva debilidad: no podía apartar la vista de aquellas ropas que, sin duda, pertenecían á mi mujer, y que estaban aún impregnadas de perfumes deliciosos. Creía ver en aquel *peplum* abierto, su busto admirable, su pecho bien modelado, su talle esbelto, sus redondas caderas tal como se me aparecieron una sola noche, en todo el esplendor de su desnudez. El raso amapola, ó el gris perla de la bata, harían resaltar la blancura de la piel y esparciría vigorosas sombras sobre su cuerpo adorable.

*
*
*

Mi vagabunda imaginación iba más lejos aún: veía á Paula salir repentinamente de su *peplum*, como la odalisca de Ingres se destacaba de su cuadro, y avanzar, muda, palpitante, hacia aquél por el que me despreciaba.

¡Ah! ¡Cuánto hubiese dado yo por encontrarme en lugar de aquel hombre!

Creo que, si me hubiesen dicho en aquel momento: «Todo lo descubristeis y confundisteis á los culpables, perdonadlos y no uséis de los derechos que os concede la ley, y vuestra mujer será vuestra esposa y, por vos, vá á vestirse con el *peplum* que se ponía para otro; y se os unirá en el gabinete resplandeciente de luces y sedas; y serán vuestros sus besos, sonrisas y ternezas, durante una semana,

un día, una hora, serán vuestras todas las voluptuosidades con que soñásteis, ni cesar desde que os casásteis y que no pudísteis conseguir...» ¡Ah! ¡Es indigno! ¡Es cobarde! Pero lo voy á confesar ¡la hubiera perdonado!

Ya sé que no todo el mundo me comprenderá y muchos tendrán deseos de decirme: «No podéis amar ya á esa mujer; sabiendo lo que acabáis de saber y al descubrir su traición, el desprecio mató al amor.» Pero en ciertos casos el deseo sobrevive al amor y la posesión solamente mata al deseo.

Por lo demás, la impresión que experimenté en mi visita á la calle de Laffite, se desvaneció algunas horas más tarde: entré en posesión de mí mismo, y sólo me animaron desde entonces los sentimientos propios de un marido ultrajado, de un hombre cruelmente herido en su honor.

Pasaron dos largos días; dos días, durante los cuales Paula no parecía dispuesta á salir: sus recuerdos le eran tal vez suficientes y le ayudaban á esperar el momento de la próxima cita.

Por fin llegó la hora: la ví partir ligera y tranquila, y sin sospechar ni remotamente lo que me ocurría.

Apenas se alejó, bajé á mi vez. Diez minutos más tarde ya estaba yo en la calle de Laffite. Iba á seguir paso á paso el plán que me había trazado.

—Os pedí cuarenta y ocho horas para reflexionar,—dije á la portera.—Hoy estoy casi decidido. Solo que algunos detalles respecto á los muebles, me impiden alquilar de un modo definitivo vuestra habitación. Deseo colocar en ella algunos muebles y tapicerías, todo ello antiguo, y de ningún modo quisiera achicarlo ni cortarlo. Es, por tanto, preciso que yo sepa si cabe en el salón. He tomado las medidas exactas, y si no tenéis inconveniente, voy á tomar la medida de la altura de las paredes.

Para dar más valor á lo que decía, saqué de mi bolsillo un papel lleno de números.

A la portera le pareció mi petición lo más natural del mundo, y se apresuró á abrirme la habitación que yo trataba de alquilar, y, como estaba completamente vacía, no temió dejarme á solas con mis cálculos, y se volvió á su aposento.

¡Al fin quedé libre! Por la puerta que daba á la escalera iba yo á ver subir á Paula y detenerse en el descansillo. Sería posible que la esperase su amante y que saliera á recibirla. Si llegaba á suceder esto me arrojaría sobre él.

También podría ser que ella le esperase, y en este caso, en el momento en que él fuese á meter la llave en la cerradura, me colocaría yo frente á la puerta por prohibirle la entrada y pedirle explicaciones.

Al cabo de un cuarto de hora, oí ruido de pasos en las escaleras.

Entreabrí la puerta: no me podían ver, y yo veía perfectamente.

Era mi mujer. Subía de prisa y agitada, como si temiese que la siguieran ó tuviera deseos de llegar pronto: al atravesar el descansillo, se encontró tan cerca de mí, que sentí el rumor de su precipitada respiración. Inmóvil, sujetando la puerta con una mano y con la otra el corazón, que parecía querer escaparse del pecho, miré.

Sacó una llave de su bolsillo y abrió.

Nadie salió á recibirla: ninguna voz la dió la bienvenida.

*
* *

Había sido la primera en llegar á la cita; el otro debía llegar más tarde, ó estaba ya en su sitio y yo no había sentido abrir.

Esta última conjetura debía ser la verdadera: pasaron tres cuartos de hora y muchas personas subían las escaleras, pero ninguna se paró en el descansillo.

No era posible que hiciesen esperar tanto tiempo á mi mujer.

Acudió en aquel momento á mi memoria el recuerdo del peplum forrado de satín color de fuego. A pesar de las tres puertas que me separaban de Paula, le ví quitarse su traje habitual y cambiarlo por voluptuosos vestidos. Durante esta operación, el frío se apoderó de ella y su carne se estremeció al contacto del satín; entróse apresuradamente en el gabinete forrado de raso, acercóse junto al fuego, colocándose sobre blandos cogines: el peplum se entregaba, la llama de la chimenea calentaba su hermoso cuerpo, acariciándolo con rojizos reflejos, que la iluminaban con cariño, y él, él, mi rival, nervioso, sobrecogido, se abalanzaba á ella y la cogía y estrechaba entre sus brazos.

Si, yo veía todo esto con rabia insensata: me iba á precipitar para romper los obstáculos que me separaban de ellos, porque quería presentarme de pronto, sorprenderlos en medio de sus delirios amorosos, herirlos, matarlos.

Pero la razón me decía: Cálmate, sé prudente; antes de llegar cerca de ellos derribando todas las puertas, habrán tenido tiempo de ponerse á salvo, el ruido atraerá á los vecinos, te tomarán por un malhechor, por un loco, te detendrán y él se escapará... ¡él...! Sufre aún un instante; aguarda á que salga, y entonces... ¡te vengarás!

*
* *

Esperé y pasaron tres cuartos de hora. Al cabo se abrió una puerta, después otra y llegó hasta mis oídos el ruido de las voces.

El la acompañaba. ¡Iba á verle! La puerta de entrada se entreabrió; apareció mi mujer, y mientras salía sujetando poco á poco la puerta desde dentro, la oí pronunciar estas palabras:

—Te prometo que pasado mañana, lo más tarde, vendré, y entonces haré por estar aquí más rato.

Me arrojé sobre ella: con una mano cogí con fuerza á mi mujer, con la otra sujeté la puerta, que aún no se había cerrado, y me encontré cara á cara con...